



En "Otello", Ramón Vinay habría alcanzado la cúspide de su carrera lírica. Desde que Toscanini le eligió para encarnar el difícil papel shakespeareano, al mundo le ha aclamado como uno de los más grandes figuras operísticas de los últimos tiempos. Aquí aparece junto a otra notable figura chilena, la soprano Claudia (Olinda) Parada, en una escena del "Otello", de Verdi.

DESPUÉS que uno ve y oye a Ramón Vinay encarnando el Otello de la partitura verdiana del mismo nombre, queda una sensación de arte tan puro, que se hace difícil pensar que se trate de un ser corriente, que tenga los mismos problemas, las mismas vicisitudes y pequeñas alegrías vulgares que todos nosotros. Y es con cierto inexpresable temor que franqueamos su departamento del Hotel Crillon. Tras breve antecala, durante la cual su asistente personal, Willy Ibarra, nos informa de algunos pormenores del actor lírico, y los cuales nos sirven para fertilizar nuestra menguada prestancia, aparece Ramón Vinay, simple, cordial y charlador como cualquier mortal. Es alto, fornido, moreno, de mirada humildísima. Casi se trata de otro sujeto.

No sabemos cómo entrar en el calor de la conversación natural. Lo nota y parece contagiarse. Al rato, estamos endigados en temas variadísimos, sin saber cómo descontinuar la charla. De un asunto pasamos a otro, insensiblemente, sin a veces guardar estricta relación. Tal vez sea mejor así, porque cosas hay que bien merecen deslindes o descarrilamientos. Y así sale, sin desearlo ni entrevistado ni interlocutor, la frase espantable: "Detrás de cada tesorero hay un tonto". Vinay se ríe, y no oculta su parecer; nos dice:

—La frase es lapidaria, pero tiene su base. Por lo general, los cantantes provienen de un estrato social muy bajo, de pueblo muy primitivo y primitivo en sus expresiones. Es esta fuerza primitiva la que los empuja y hace

"ZIG-ZAG"

Los dos Vinay

Por PABLO GARRIDO

participes de un medio social superior, formado tan heterogéneamente, que incluye desde príncipes hasta banqueros. La propia carrera del cantante, por lo general, no le permite una formación humanística ni mediana. Porque, en la presura de escalar cimas, no hay tiempo para leer ni entrar en contacto con las grandes expresiones del pensamiento humano en toda la vasta gama de las artes, literaturas y filosofías. Teóricamente, no hay diferencia en las cuerdas vocales de todos los seres humanos. Pero el cantante es, en este sentido, un ser privilegiado, y la caricia sensorial de su voz le lleva, fatalmente, a la egolatría, no siendo ajeno a ello el aplauso y el adulo constante de los mismos públicos. Se le permiten tantas impertinencias como, por ejemplo, a un tocero o a un boxeador, quienes también, por lo general, surgen de estratos sociales muy primitivos. En este trasfondo social el que encoquece al cantante, en cierto sentido, y le hace aspirar a un solo ideal: sufrir con el personaje y hacer una demostración vocal pirócnica. Pero, aún así las cosas, hay cantantes que llegan a adquirir una cultura muy amplia, y así lo demuestran casos como el de Curuso, quien al final de su vida, en su interpretación de "La Juive", de Halévy, puede decirse que era un artista completo, habiendo abandonado aquella premisa de que el lucimiento vocal es la meta.

Vinay se repliega un poco, pensando en que había infidencias. Nosotros vamos en él un artista de excepción, tanto en lo formativo como en lo conceptual. La prueba más categórica de ello está en su creciente inclinación a un repertorio operístico de mayor hondura musical. Nos dice:

—Un largo tiempo pensé que mis papeles de Otello y Sansón serían la meta. Apenas pude entrar, a mi entera satisfacción, en las demandas tan rigurosas del repertorio wagneriano, llegué a la certeza de que, sin perdiendo el brillo y la gloria del goce vocal para que emanan de las óperas italianas, en los héroes wagnerianos había mayor hondura musical, y he ido propendiendo, naturalmente, al



"Detrás de cada tesorero hay un tonto", dice Ramón Vinay a nuestro redactor Pablo Garrido, y entra a analizar sociológicamente al proceso formativo de los cantantes, los que, según asegura, provienen generalmente de un estrato social muy bajo. Sus declaraciones habrán de provocar muchos comentarios.

cultivo de los dramas musicales de Wagner tal como los había soñado. En la actualidad tengo en mi repertorio las siguientes obras: "Tristán", "Lohengrin", "Tannhäuser", "Walkyrie", "Parsifal", "Siegfried" y "Crepúsculo de los Dioses"; estas dos últimas las cantaré en febrero próximo en el Metropolitan, de Nueva York.

El cable ya nos había informado de que Ramón Vinay, este magnífico artista chilaneje —ciudad que ha dado tantas glorias a Chile— había sido condecorado, por el Teatro de Bayreuth, con la "Orden de Gran Caballero Wagneriano", honor que le llegaba tras cinco temporadas consecutivas en el propio santuario del drama musical. Pero Vinay no es de aquellos hombres que andan tras los honores; si se le confirió éste, ha sido por su entrega absoluta y total al cultivo de la música, que para él la voz y la acción dramática no son sino vehículos de expresión del más puro arte. Quien no lo entienda así, está propenso a subvertir las esencialidades de lo estético, que, si bien es cierto, sirven para "entretener", también tienen otra misión: formar el acervo cultural de la sociedad. Así, la pequeña charla con este notable artista ha venido a poner sobre el tapete un problema latente que aflige a la cultura de nuestros tiempos. Que sea una voz chilena la que dé la clarinada de alerta, es otro galardón que agrega a los muchos que, en diecisiete años de ejercicio artístico, ha venido cosechando en los densos y tradicionales medios culturales del orbe entero.

P. O.

AUTORÍA

Garrido, Pablo, 1905-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1956

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los dos Vinay [artículo]. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile